

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 114

25 cts.



BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

LIBROS PUBLICADOS:

LOS HIJOS DE NADIE

En venta la 4.ª edición

EL TRIUNFO DE LA MUJER
GRAN EXITO

EL PRISIONERO DE ZENDA
Finísima novela de amor

EL JOVEN MEDARDUS
Hermosa producción dramática

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
Según la célebre novela de V. Blasco Ibañez

UNA MUJER DE PARÍS
Drama pasional

EL CORSARIO
Intensa historia romántica

Preparamos para en breve la sin rival novela

PARA TODA LA VIDA

Emocionante argumento escrito expresos
para la cinematografía por el insigne dra-
maturgo JACINTO BENAVENTE.

Con este último libro, LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA pondrá de ma-
nifiesto su especial cuidado en seleccionar
los argumentos novelescos para su
BIBLIOTECA *Los Grandes Films*

Precio de cada libro: UNA PESETA.

E. VERDAQUER MONERA.-TOPETS, 16.-TARRASA

LA ISLA
MALDITA

por
Cosimo Griffith
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

Redacción { Gran Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 114

La Isla maldita

Interesantísimo cinedrama por BOB DEXTER

Creación de CORINNE GRIFFITH

Marca VITAGRAPH

Coneesionaria para Cataluña, Aragón y Baleares:

Selección ORIM

CINEMATOGRÁFICA MIRÓ

Plaza Letamendi, 10.—Barcelona.

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOHN BARRYMORE

Sol tórrido, acres emanaciones de dulces jugos en fermentación, mares sin fin, cielos de acerados reflejos, monotonía... palmeras... ¡una isla!

Elsa, débil juguete del destino, soñaba en días plácidos, en vestidos elegantes y en el suspirado momento en que ella y Jaime, su marido, pudieran volver a su casa, en la civilización... con las riquezas arrancadas a los mares del Sur.

Jaime Melton, recio luchador impulsado por nobles ambiciones, soñaba también en procurar a Elsa un vivir espléndido. Entretanto, se imponía el trabajo rudo, el deber tirano.

Mac Masters, jefe de Jaime Melton, alma tan corrompida como la vegetación en podredumbre, era el otro hombre blanco de la isla.

Elsa era querida entre los indígenas que trabajaban por cuenta de Masters y Melton, y siempre acudían a ella los cuitados para recibir buenos consejos.

Así un día, una pobre mujer, esclava de Masters, fué a ella llena de lágrimas:

—Masters muy malo para mí... Me pegó hoy... me pegó ayer... Siempre me maltrata... y yo le quiero—lamentósele.

—Mi pobre Macaba, sería mejor que olvidaras a ese hombre que te hace sufrir sin compasión. ¿Por qué no lo haces?

—No... no... yo le quiero... yo le quiero...

Elsa quedó pensativa y vió seguir adelante, hacia el bosque a cortar leña, a la semisalvaje enamorada por su mal.

¡Ah! Funesta era la isla para las mujeres, lugar de suplicio, tumba de sueños irrealizables. Cada nuevo día como la vispera, la vispera como todas las visperas. Y al otro lado del mar un mundo de placer y de encantos. ¡Si ella, Elsa, pudiera!... Pero en la isla estaba Jaime... estaba el amor... y el amor la ligaba.

La distracción favorita de Elsa era el baño en un rumoroso arroyo oculto entre tupida arboleda.

Apenas habíalo tomado, aquel día, Elsa oyó la voz plañidera de Macaba a pocos pasos de donde ella se vestía. Apresuróse en esta operación y acudió presto al lugar donde estaba la indígena.

La vió con Masters, discutiendo éste groseramente, implorándole clemencia ella.

Elsa se acercó a ellos.

Macaba, al verla, le dió a entender que se

había humillado a Masters para que se portara bien en adelante con ella.

Y añadió:

—¡Yo esposa buena! Pero él cansado... Dice que tiene mañana nueva mujer.

Elsa miró a Masters con reproche.

En efecto, Macaba era esposa del blanco sin alma... y pronto no iba a serlo más pues, hastiado él de su fidelidad amorosa, se había buscado otra compañera con quien disipar en lo posible el tedio mortal del destierro en pos de la fortuna tentadora.

Masters, poco amigo de ser juzgado por nadie, contestaba a las miradas de Elsa con indiferencia.

Sin embargo, Elsa fué más lejos en su recriminación, pues del gesto pasó a la palabra.

—Eso que usted hace con esta mujer ni aquí ni en ninguna parte no está bien —le objetó.

Masters, hiriendo con sus ojos de codicia a Elsa, la contestó:

—¡Métase en lo que le importe! ¿Acaso es usted mi esposa?

Sorprendióse Elsa... y las miradas hijas de los malos instintos de Masters, le infundieron cierto miedo que le causaba un atroz desasosiego.

De regreso en su casa de madera, Elsa recibió la visita de una muchacha de la isla, la más joven de todas las doncellas del lugar, Piala.

—Mira; llevo mi flor de prometida — le dijo ésta a Elsa mostrándole una flor prendida en sus cabellos—¿La ves?

—Sí, Piala... ¡la flor blanca, color de pureza!... Y, ¿amas a tu novio?

Piala, sin mucho calor, hizo, con la cabeza, un gesto de afirmación.

—¿Quién es él?

—... Mac Masters.

—¡Ah!... ¿Tú eres la que va a casarse con él mañana?

—Sí... El lo quiere...

En esto apareció Jaime, esposo de Elsa.

Piala retiróse y no bien se quedaron solos éstos, Elsa, rodeando amorosa el cuello de su marido, le dijo con dolorosa expresión:

—Piala va a casarse con Mac Masters... ese bruto aborrecible.

—¿Qué se le va a hacer, Elsa!

—Es ignominiosa la conducta de ese hombre... Es intolerable engañar en público a las mujeres... Varias son ya las esposas que ha tenido aquí ese déspota...

—Si las mujeres fuesen más listas...

—Las de aquí... ¿qué pueden hacer?... ¿No lo comprendes?... ¡Traen tan pocos hombres a estas costas los mares del Sur!...

—En fin, Elsa, limitémonos a ser buenos nosotros y a desear que los demás lo sean también... Pero ¿qué tienes? ¡Estás temblando! ¿Qué ha sucedido durante mi ausencia?

—Nada... nada, Jaime.

—Necesito saber que te quedas tranquila esperándome... pues ya sabes que debo partir dentro de breves instantes con Bibó, el fiel botero, hacia la otra parte de la isla.

—¡No te vayas, Jaime!

—¡Mujer, habla!

—¡Tengo miedo, Jaime de mi alma!... ¡Temo a Mac Masters!... Me horroriza la idea de quedarme sola.

—Cálmate, Elsa... ¡Cómo puedes pensar que Masters pretenda ofenderte! ¡Bah! El es libertino con las salvajes de aquí...



—¡Tengo miedo, Jaime de mi alma!... ¡Temo a Mac Masters!...

—¡Sea lo que sea, por el amor de Dios llévame contigo, Jaime, fuera, para siempre, de esta isla maldita!

—Estás nerviosa, Elsa. Piensa serenamente y verás que no hay nada que temer. Yo no puedo renunciar a la carrera que llevo en la Compañía. Si Masters osara faltarte en lo más mínimo al respeto, con denunciarlo a nuestra So-

iedad quedaría solucionado el caso. Reclamaría el relevo dando datos elocuentes para conseguirlo. Y estoy seguro que se tomaría en consideración mi queja, pues si bien Masters interesa a la Compañía por su habilidad (?) en obtener los frutos de esta isla en ventajosas condiciones, explotando a esta gente cuanto puede, yo sé que soy más apreciado que él por la Dirección. De modo que, Elsa mía, te invito a ser obediente.

—¡Déjame!... Antepones tus conveniencias particulares a la felicidad mía... ¡Está bien! ¡No quiero que me digas nada más! ¡Puedes hacer lo que quieras!

—Pero, ¡Elsa!... ¡Elsa!

Jaime llamaba a la puerta de la habitación en que su esposa, en un momento de crisis nerviosa, se encerrara para no verle, dejándose caer en una cama para sollozar desenfrenadamente.

—Salgo para mi viaje, Elsa... ¿No vienes a despedirme a la playa?

Elsa, con voz entrecortada por el palpitante pavor que la dominaba toda, contestó:

—¡Oh, no! Tendría que volver sola y... ¡no, no puedo!

El atardecer melancólico y gris ensombrecía la isla...

Bibo esperaba, en su bote, a Jaime...

Este no pudo faltar a su deber... y a poco se hicieron los dos a la mar.

*
* *

El crepúsculo vespertino se acusaba cada vez más sombrío, las palmeras se encorvaban por la furia del viento, y las nubes cárdenas presagiaban una horrible tempestad.

Elsa, en su casa, cerró apresuradamente todas las aberturas de la misma para mitigar, en parte, el espantoso fragor de los elementos airados.

Por quien temía más Elsa, era por Jaime, su marido, que estaba en el mar, luchando contra el doble peligro de los rayos destructores y de las olas voraces.

Y cuando Elsa más imploraba, para el esposo amado, la misericordia del cielo, Masters irrumpía en su casa, en la que bien sabía que la encontraría sola.

Elsa lanzó un grito.

Masters, bebido, como de costumbre, se acercaba a ella confesándole sus ojos a lo que iba a su cabaña, de noche, a pesar de la tormenta y de la ausencia de Jaime...

Elsa no pensó más que en ponerse en salvo, y se precipitó a la puerta de salida.

Pero Masters, enajenado por la borrachera, no estaba dispuesto a perder el tiempo, y como Elsa era de su gusto, no le importaban las

consecuencias que pudiera tener su atropello...

Y la brutalidad amenazaba sacrificar la pureza de una mujer indefensa.

Mas la habilidad de Elsa la libró del miserable.

En efecto, cuando Elsa vióse en inminente peligro ante el desenfreno de Masters, aprovechó un momento en que pudo colocarse a cierta distancia de él, para coger de encima de la mesa el bote del tabaco de Jaime, y se lo tiró a los ojos por la parte destapada.

Masters cegó unos instantes, durante los cuales Elsa pudo huir con desespero hacia la playa, bajo las cataratas del cielo, bajo el horrído trueno ensordecedor, bajo el relámpago de siniestros fulgores.

Pero también la perseguía la cólera de Masters, menos piadosa, más implacable aún que la de los elementos.

Sin embargo, pronto perdió el norte el alcohólico, y cesó la ensañada persecución.

Elsa, extenuada, desplomóse sobre las arenas de la costa, desvanecida...

El amanecer levantóse con calma... El sol horadaba los celajes de un gris azul impreciso del cielo.

Elsa hallábase aún tendida en la húmeda playa.

Dormía...

Cerca de allí, en el mar esmeralda tapizada de encajes plateados inquietos y centelleantes, navegaba un *yatch*, blanco, cual gigantesco cisne en señorial estanque, símbolo de riqueza, en el que viajaba un rico ocioso, que el temporal empujó hacia aquellas costas.

Felipe Hichens se llamaba el afortunado.

Buscador incansable de nuevos placeres, Felipe respiraba en los mares del Sur una extraña fragancia pasional.

Oteando las costas cercanas con sus prismáticos, vió un cuerpo de mujer, el de Elsa, como se supone, inmóvil sobre las arenas de la playa.

La curiosidad picó en él, y, consultando el caso con el capitán del *yatch*, que era un amigo suyo, se ancló el buque a poca distancia de donde se encontraba Elsa, y en un bote los dos llegaron a la isla.

Felipe admiró la singular belleza de Elsa, y su contemplación no le movió a piedad...

Sólo vió en ella, ilusionado con la visión de ciertas suaves desnudeces de Elsa que sus ropas, desgarradas por Masters al luchar con él, y por las zarzas del bosque cuando huía empavorecida, no podían cubrir, una flor de carne de sensuales aromas.

¿Quién podía ser ella?—preguntábase Felipe— ¿Cómo se encontraba allí y en tal circunstancia? ¿Acaso un naufragio?

Felipe la despertó al pasar sus brazos por su espalda y por debajo de sus piernas para levantarla en ellos.

—¡Jaimel! ¡Jaimel!— pronunció Elsa — ¡Llévame lejos de aquí! Tengo miedo... ¡mucho miedo a Mac Masters!

Felipe no contestó, aceptando que Elsa le tomase por Jaime.

Y, todavía no repuesta de su fatiga de la víspera, y adolorido su cuerpo de los azotes de la lluvia durante toda la noche, Elsa perdió

el sentido en los brazos del explorador de aventuras.

Felipe se llevó a la desconocida a su *yatch* y la hizo prodigar toda clase de cuidados por una gentil japonesita, que tenía a su servicio entre otros servidores.

A media tarde, Elsa despertó a la consciencia



Felipe no contestó, aceptando que Elsa le tomase por Jaime.

cia y sus ojos atónitos miraban en derredor suyo.

Recordó penosamente algo...

La japonesita estaba a su lado y se apresuró a tranquilizarla.

Además de sus graciosas sonrisas, la oriental entregó a Elsa una carta de Felipe en la que éste le decía:

Me cupo el honor de salvar a usted y, desconociendo su casa en la isla, me permití traerla a mi «yatch» que pongo a su entera disposición.

He sabido quien es usted por las señas del medallón que lleva colgado del cuello.

Compadeciendo a usted de veras, he puesto un radiograma a la isla Naura, pidiendo noticias de su marido. No se inquiete, que no tardaremos en tener respuesta.

Lamento no poder ofrecerle cosas de países modernos, pero la doncella le mostrará algunos trajes japoneses adquiridos en viajes anteriores. Espero que usted puede acomodarlos a su uso.

Muy respetuosamente,

Felipe Hichens

Lo primero que se le ocurrió pensar a Elsa fué en volver a la isla a reunirse con su Jaime, que ya debía haber regresado... Pero meditó mejor sobre la conveniencia de no dejarse dominar por el temor de que a su marido le hubiese ocurrido alguna desgracia en el mar durante la tempestad, y reconoció, finalmente, que la respuesta al parte del propietario del *yatch* en que ella se encontraba por la fuerza de las cosas, no podía tardar en llegar. Era, pues, más correcto tener un poco de calma, y agradecer a Felipe, como lo merecía, su amable hospitalidad y protección.

Solicitamente ayudada por la simpática japonesita, Elsa bañó su armonioso cuerpo en la límpida agua olorosa de una tina de un blanco sin mácula, cubrió su suave piel, llena de encantos, con vaporosos tejidos, y sobre

éstos adaptó un elegante vestido exótico, tenue como soplo de brisa.

Compuesta de tal suerte, Elsa había multiplicado, en un instante, su ya extraordinaria hermosura de mujer en la más interesante época de su segunda juventud.

La japonesita sonreía sin cesar y halagó así los oídos de Elsa:

— ¡Qué linda está la señora!

Mas no le importaba a Elsa su persona, pues su pensamiento sólo estaba fijo en el amado compañero que su corazón había elegido para toda la vida.

Entretanto, Jaime, todavía en el mar, en el bote en que partió con Bibó, decía a éste, dando ambos evidentes señales de fatiga:

— ¡Qué suerte la nuestra, Bibó! Cuando anoche chocamos con aquel escollo, pensé que había llegado nuestra última hora.

— Afortunadamente pudimos vencer a la fatalidad. ¡Pero estas cosas no se repiten una sola vez siquiera!

— Sí, chico; podemos decir que hemos renacido. Ahora, pongamos proa hacia casa. En la isla deben esperarnos con lógica ansiedad.

Mientras Jaime y Bibó remaban con grandes esfuerzos hacia sus hogares, Elsa subía a cubierta del *yatch* y era conducida a presencia de Felipe por la japonesita.

— ¿Ha descansado usted bien, señora?... Comprendo que no hubiera usted podido dormir, para pensar en su esposo, si no se hubiera usted desvanecido probablemente por la angustia de las atormentadoras ideas que debió usted tener en lo mayor de la tempestad sa-

biendo a su marido en una ligera embarcación en el mar enbravecido. No le extrañe que sepa este detalle, pues no cesó usted de nombrar a su esposo en toda la mañana, según me indicó hace poco la doncella que he puesto a sus órdenes.

—Debo expresarle mi más sincera gratitud por lo que ha hecho usted por mí... Pero estoy impaciente por tener noticias de mi marido.

—No pase ningún temor, se lo ruego. Estoy seguro de que se ha salvado... Muy pronto tendremos un radio de la isla Naura.

—Gracias... gracias...

—Esté usted tranquila... Acomódese en este sitio que hice preparar para usted... En él se sentirá usted bien... Y puede descansar más si quiere... El sol ha desaparecido ya y este airecillo le sentará a usted admirablemente.

Elsa reclinóse en un mullido asiento de valiosos cojines... y su espíritu volaba hacia Jaime...

Felipe, rendidamente apasionado de ella, la contemplaba con admirativa expresión.

En tanto, Jaime descubría, con espanto de toda su alma, el doloroso vacío del humilde nido de amor.

¿Por qué se había marchado Elsa?

¿Era posible?...

*
* * *

Jaime, no pudiendo aceptar el que por un pequeño incidente con Elsa, ésta hubiese podido tomar la determinación de huir para siempre de su lado, recordó de súbito que ella había insistido mucho en que tenía miedo de Masters, y pensó que tal vez, huyendo de él, su esposa se había refugiado en alguna familia indígena.

Fueron inútiles sus pesquisas por encontrar a Elsa, y éstas le llevaron a la playa. Apoyado en un árbol, Jaime avizoraba el horizonte... ¿Estaría su amor en el mar... lejos ya?

Piala se acercó a Jaime e indicóle que Elsa iba mar adelante... llevada por unos desconocidos en un gran barco blanco. Ella había presenciado, desde lejos, la escena del rapto.

Y Jaime, encerrándose en un mutismo dolorosísimo, no cesaba de atisbar a lo largo y a lo ancho del océano.

Entretanto, con la inquietud en el alma, Elsa esperaba noticias acerca de Jaime.

La brisa marina, suave como un beso de amante, acariciaba el rostro de Elsa y el bienestar aparente de que gozaba en reposo, entre el lujo de sedas costosas que resbalaban por su piel haciéndola estremecer de gozo, la hicieron



..casando a éste con Elsa, en presencia de la graciosa japonesa...

pensar en la existencia ideal que tanto desearía.

Y dijo a Felipe, que no cesaba de admirar cada vez más sus excepcionales encantos de mujer refinada:

—La vida que yo soñé, la que querría vivir siempre... ¡si Jaime estuviese a mi lado!

Sonrió Felipe...

Poco después, se recibió en el *yatch* el radiograma tan esperado. Leyólo primero Felipe, y éste dió a entender a Elsa, que le miraba con impaciencia, que la nueva no podía ser peor.

—¿Vive?—preguntóle ella.

—Lea...—musitó él.

Elsa tomó el radio. Le temblaban las manos... palpitaba su corazón... chispeáronle los ojos... Leía...

Hichens

Yatch Luzbine.

Jaime Melton pereció en el último temporal.

Griggs

Estación Naura.

—¡Oh, Dios mío! ¡Muerto mi Jaime!—gimió Elsa.

Y lloró convulsivamente...

Felipe respetó su justo dolor durante un buen rato. Luego, considerando a Elsa más calmada, le ofreció su protección.

—Estoy dispuesto a hacer por usted cuanto sea preciso. ¿Desea que la lleve a tierra?

—¡No, por favor! ¡Yo no vuelvo más a la isla!

—El *yatch* va con rumbo a San Francisco... y yo me juzgaré dichoso si usted quiere continuar en él hasta que lleguemos al puerto.

Elsa no contestó nada a la oferta de Felipe, pero le miraba con extraordinario asombro en

los ojos que, fijos en ella, le revelaban algo insospechado por ella.

En efecto, Felipe penetraba con sus ojos en el interior de Elsa...

¿Cuáles eran sus intenciones respecto a ella?

¿Trataría, aquel hombre—se preguntaba la desamparada—, de abusar de su soledad?



—¡No, por favor! ¡Yo no vuelvo más a la isla!

Pronto lo supo, pues Felipe, sincerándose con ella, exclamó lleno de pasión:

—¡Yo amo a usted, Elsa! Comencé a amarla apenas la ví...

—¿Qué dice usted?...

—No se alarme... Mi deseo es que usted se case conmigo.

—Pero...

—¿No me cree usted un caballero?

—Pero, ¿cómo es posible que yo...? No, no... Agradezco de veras su amabilidad, su cariño, pero... pero no puedo complacerle, porque... ¡yo no amo a usted!

—Ya me lo imaginé, Elsa... Es muy natural... La muerte de su primer marido es demasiado reciente... Sin embargo, se ha quedado usted sola en el mundo... Todo lo que yo pido es que usted me dé tiempo para ganar su amor... y, mientras tanto, quiero que acepte la protección de mi nombre.

—Es cierto que estoy sola, inmensamente sola... pero... ¿y la memoria de Jaime?

—No medite más sobre mi amorosa y respetuosa proposición... En mí tendrá usted al hombre que será su amigo... su protector... y que procurará captarse su cariño... a fuerza de cariño... Pero conviene que usted sepa que no es piedad lo que me atrae hacia usted... sino el amor que usted me ha hecho sentir... Aceptando usted mi nombre, yo seré el que le quedaré altamente agradecido.

—Gracias... gracias... Estoy desconcertada... inundada de dolor.

—Acepte, Elsa... ¿Verdad que sí?

Un corazón de mujer sangraba...

Hubo un silencio...

Una voz susurró:

—Acepto.

Unos labios anhelantes... besaron pálidas y temblorosas manos...

En la isla, la gentil Píala ofrecía su consuelo a Jaime, inconsolable.

—Ella volverá. Estoy segura—le decía.

Y Jaime, aunque no lo sintiera, le respondía:

—Si vuelve... ¡la mataré!

Dejóle solo Píala, y entonces, Jaime, entrecortadamente, silabeaba una honda queja:

—¡Mi... El...sa!

Como la vida, el *yatch* siguió su rumbo, y frente a las islas Hawai iba a consumarse un



—Acepte, Elsa... ¿Verdad que sí?

hecho preparado por el Destino.

Sabido es que a bordo de un barco, el capitán es como el juez de paz del mar... y tal jurisdicción asumió en el *Yatch* Luzbine el capitán del mismo, amigo de Felipe, casando a éste con Elsa, en presencia de la graciosa japonesa y del criado del patrón.

Elsa encerróse en su habitación, y en ella elevando sus ojos al cielo, preguntó:

—Tú me ves desde la eternidad, Jaime... ¿Habrá sido mi acción de tu agrado?

Y, la pobre mujer, no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Mientras que en la isla de Jaime, nada había que pudiese desterrar de su pecho la honda tristeza de su soledad y de su abandono.

A la mañana siguiente, Felipe dió una muestra de su liberalidad de esposo a Elsa mandándole llevar lujosas «toilettes» de la isla en cuyas aguas había anclado el *yatch*.

A los citados vestidos, que gustaron extraordinariamente a Elsa, acompañaba esta nota:

Mi querida Elsa:

En las tiendas de Honolulu no se encuentra todo lo que se quiere; pero tal vez pueda servirte algo de lo que he elegido para tí.

Felipe.

Simultáneamente, en la isla de Taití, Mac Masters batallaba entre la vida y horrorosa muerte, presa de un ataque de alcoholismo agudo, un caso horrible de *delirium tremens*.

Jaime, avisado por Píala, asistió a Masters en sus últimos momentos.

Y, el borracho perdido, dejó de existir sin que pudiera confesar por qué Elsa habíase fugado de su hogar,

*
**

Después de varios días largos y noches de duración desesperante a través del Pacífico, el *yatch* inquietó las aguas de San Francisco.

Poco a poco, Felipe había obtenido mayores concesiones de Elsa... aunque ella se resignaba siempre a las caricias por deber de esposa; pero en aquellos rendimientos no ponía ni un latido su corazón.

En San Francisco, Felipe abrió su casa después de larga ausencia.

En el hogar, Elsa encontró todas las comodidades, lujo, holguras de vida, esplendores; mas nada de esto bastaba a llenar el profundo abismo abierto entre las almas.

Un día...

—Diga... ¿Con quién hablo?—preguntaba Elsa por teléfono.

—Deseo hablar con Felipe... Sí, al señor Hichens me refiero—respondió una voz de mujer.

—Es a tí a quien llaman—notificó Elsa a su esposo que estaba junto a ella.

—¿Quién es?... ¡Ah!... No puedo hablar de eso ahora... ¿No comprendes? ¡Ahora no puedo!—contestó Felipe colgando el auricular del aparato.

Elsa colocóse frente a su marido y le objetó:

—Eso me desagrada, Felipe... A todas horas mujeres que te llaman por teléfono.

—No le des ninguna importancia a ello... En efecto, ¿acaso tengo yo la culpa de gustar a las mujeres, Elsa?

—Podrías decirlas a lo menos que no hicieran uso del teléfono estando yo en casa.

—Está bien, mujer.

En Taití, Jaime, ascendido al cargo que la muerte de Masters dejara vacante, había tomado de auxiliar a su amigo Lester, que mandó llamar de la civilización.

Ambos sabían qué tragedias ocultábanse bajo la serena belleza tropical.

Porque Lester ya conocía esas islas... y sabía que no eran para mujeres blancas.

Cierta noche, en un *dancing* de moda, campo de las lides galantes de Felipe, Elsa, que sufría, sufría horriblemente en aquel ambiente de vicio dorado, se convenció del error que había cometido casándose con su actual esposo.

Durante los primeros tiempos, todo fué galantería, atenciones... pero después de haber conseguido de ella todas las prerrogativas del marido... el hombre inconstante, mujeriego, vicioso, quitóse la máscara.

Las mujeres se detenían a hablarle sin miramiento alguno hacia ella... ni Felipe hacía nada para evitarlo.

Agotóse, al fin, la resignación de Elsa, y, de regreso, al amanecer, en el hogar que ya le era repugnante, le recriminó su incalificable conducta.

—Bien. ¿Y qué, si me trato con otras muje-

res? ¿Qué vas a hacer tú?—la replicó Felipe, que estaba bebido.

—¡Pediré el divorcio!

—¿De modo que ya tienes resuelta tu actitud?

—¡El divorcio! ¡Bien claro lo he dicho!

Rióse Felipe ruidosamente, haciendo gestos idiotas.

—¿De qué te ríes?...

—Es la cosa de más gracia que he oído en mi vida.

—¿Por qué?... ¡Habla!

—Puesto que quieres saberlo, no te puedes divorciar porque...

—¿Qué es lo que vas a decir? Felipe, dime la verdad... No te rías más... ¿Lo oyes? Dí, ¿por qué yo no puedo hacer eso?

—...¡No estamos casados!

—¡Oh, qué infamia! Entonces...

—Aquella ceremonia se realizó dentro de las tres millas de límite desde la costa... y carece de toda validez.

—¡Oh, miserable! ¡Ahora empiezo a comprenderlo todo! Dime, aunque me haya de morir de pena: ¿aquel radiograma en que constaba la muerte de mi marido, fué también otra mentira infame?

—¡A qué negarlo!... Todo fué una farsa. Te amaba... A mí las mujeres me dominan... Pero, de cualquier modo, yo estoy seguro de que la tempestad acabó con su vida.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Apártese de mi vista! ¡Qué asco!... ¡Qué vergüenza!

—Acabemos con frases estúpidas, Elsa.

—Necesito conocer los planes de usted.

—Pienso volver a los mares del Sur. Te de-

jaré fondos... y libertad para que en adelante hagas lo que te plazca.

—¿Dinero?... ¡Nunca! ¡Voy con usted!

—Volver a Taití! ¡Tú debes estar loca!

—No, no lo estoy... Voy a saber la verdad que necesita mi corazón... ¡voy a buscar a Jaime!

—Me es igual. No te niego un último capricho.

*
**

Y otra vez el sol calcinante, los mares infinitos con puntos de oro, de púrpura, de esmeralda en su seno... otra vez las islas de los mares del Sur.

En un bote Felipe y Elsa desembarcaron en la playa de Taití.

Felipe no tenía deseos de internarse en la isla, a pesar de que en realidad la creía desierta a causa de los efectos del temporal en que Jaime, según él, debió encontrar la muerte, y, la única idea que quería llevar a la práctica, era abandonar, miserablemente, en ella, a Elsa, la mujer que no llegó a amarle, que no le amaría nunca.

Ocasión tenía para hacer tal cosa, pues fué Elsa misma quien le dijo:

—No me acompañe usted. ¡Quiero ir sola!

Elsa se acercó con sigilo a la cabaña que habitó antes con Jaime, y empujó de la misma manera la puerta.

La esperanza llenó su pecho. Todo estaba



Y otra vez el sol calcinante, los mares infinitos con puntas de oro, de púrpura, de esmeralda en su seno...

igual que antes, con señales de vida en todo. Alguien vivía allí. ¡Jaime sin duda!

De pronto, su vista posóse en una fotografía de mujer, y una duda atravesó su mente:

—¡Jaime tenía otra mujer!

En su vacilación, fué bruscamente interrumpida... por la llegada de Jaime y Felipe, éste con

los brazos en alto, pues aquél lo apuntaba con un revólver.

—¡Tú!—gritó Elsa.

—¡Elsa!—exclamó Jaime.—¿Por qué has vuelto? ¿Quién te ha llamado aquí? ¿Qué has hecho de mi nombre? Ese lujo que ostentas significa que fuiste a buscar lo que yo no podía darte. Prometí matarte si volvías y lo voy a hacer ante este canalla. Estuvimos vigilando mis hombres y yo desde que el barco asomó y le cogimos a él intentando escapar. Su huida le acusa. ¡Este debe ser aquel ladrón!

—Bien, Melton... ¿Qué va usted a hacer?—desafióle Felipe buscando la ocasión de abalanzarse a Jaime y despojarle del arma.

—¡Matar a usted!

Elsa temblaba toda. Dirigiéndose a ella, Jaime la dijo:

—Usted... señora... puede quitarse el sombrero y el abrigo. Para castigar a usted... hay menos prisa todavía.

—¡Pero no me debes condenar sin oírme, Jaime! Este hombre me enseñó un radio... que decía que tú... habías perecido en el temporal.

—¡Mentiras, no!

—¡Digo la verdad, Jaime!... Y yo me encontré sola en el mundo... y no podía venir aquí... ¡donde estaba Mac Masters! Este hombre me pidió entonces que me casara con él.

—¡Bandido!—escupió Jaime en el rostro de Felipe.

—Ustedes perdonen... —dijo, apareciendo, Lester, que ignoraba lo ocurrido, pues estaba en el interior de la isla.—Venía por unos documentos.

De súbito, Lester se detuvo a contemplar a Felipe, y terminó por decirle hecho una furia:

—¿No se acuerda usted de mí, Hickens?

—¡No sé quién es usted!—contestó Felipe.

—¡Se necesita poca memoria! Pero tal vez se acuerde de... mi mujer. ¡Hela aquí! ¡Esta es su fotografía! Cinco años hace... en otra isla...



—¡Pero no me debes condenar sin oírme, Jaime!

usted la robó villanamente!

Jaime y Elsa se miraron...

—¡Salga, Hickens! ¡La primera deuda que va usted a pagar es la que tiene conmigo!—prosiguió Lester, aprestándose a ahogarlo con sus manos.

Pero Felipe, viéndose acorralado, huyó locamente hacia la playa.

Lester le disparó los seis tiros de su revólver y alguno hirió al miserable.

Pero éste pudo llegar aún a la playa, y, desconcertado, para no perder tiempo buscando el bote que le había traído allí con Elsa, se arrojó al agua agitando los brazos demandando auxilio a su gente del *yatch*.

Estériles esfuerzos... Las heridas agotaron sus fuerzas y la muerte acabó con sus malandanzas que tanto la merecían.

*
* *

—Elsa, comprendo tu odisea... Tú no pecaste... No te entristezcas... La hora de nuestros anhelos ha llegado. Quiero que seas feliz... Pediré y lo obtendré, te lo aseguro, mi traslado a Nueva York.

—Sí, Jaime, sí; huyamos de esta isla maldita.

*
* *

Desapareció, por completo, el celaje gris que cubrió durante un tiempo, la dicha de los enamorados esposos, y ambos reanudaron su vida con más cariño que nunca.

—Te quiero, Jaime, más que a mí misma. ¡Tú eres mi alma!—murmurábale ella siempre en amorosos abrazos.

—¡Y tú mi única ilusión, mujercita mía!—la repetía él mimoso.

Era el tiempo del verdadero amor.

FIN

EN BREVE

aparecerá en la BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

la preciosa historia romántica de intensa
emoción dramática

EL CORSARIO

No deje de adquirirla. — Precio: UNA peseta.

PRÓXIMO NÚMERO:
la finísima comedia frívola

Domador por amor

magistralmente interpretada por el
mimado artista **MAX LINDER**
y la gentil **VILMA BANKY**

¡Gran éxito de risa!

POSTAL-FOTOGRAFÍA:
LOUISE LORRAINE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles Precio 25 céntimos

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar
